

*A Edurne o Rubén que vive en el futuro. Todos los bebés un día serán adultos (pocos lo recordarán).
Corrijo entonces mi dedicatoria: A Edurne o Rubén cuando sea mayor y feliz.*

LA ESCUELA DEL RENO VOLADOR

Sobre el agua silvestre de los Montes Universales, patina un niño disfrazado de reno. Desde el Miradero, se ve el Tajo bajar entre cañaverales para abrazar la ciudad imperial. Alfonso se desliza por un laberinto, está despistado, pasando una mala racha. Le gusta bajar al río a pensar. Pertenece a un lugar que rezuma historia, nació en noviembre en el Convento de Santa Fe en la Alcazaba toledana. Es listo, pero rebelde, los jóvenes hoy en día no saben lo que quieren, se pasan la vida metidos en internet. Le han quedado varias asignaturas, así que estas fiestas tendrá que repasar. Tiene muchas cosas en la cabeza, quiere reinventarse, ser feliz de buena gana.

Un día paseando por el río con su amigo Rainer, a la altura del Puente de San Martín sucede algo fabuloso, así lo cuenta su acompañante: “Una gran estrella asciende como un surtidor de luz, y cae despacio, grande y roja, surca majestuosamente el espacio infinito que se levanta entre las dos orillas, y se desploma en silencio detrás de la ciudad en penumbra” ¡Qué maravilla! La gran libélula trazó un arco lento y tenso e iluminó el cielo. Ahí está Alfonso disfrazado de reno, a sus pies un trineo con forma de escuela, una estructura de sabiduría. Aturdido entra en el edificio, su maestra preside el paraninfo, le entrega las notas finales. Un 10 en *Science* y otro en *Computing*, ¡10 en Todo! El faro se hizo enorme, lo llamó “Escuela de Renos Traductores”. Convocó a profesores en lenguas hebrea, árabe y latina, desarrollaron muchas actividades científicas, rescatando historias de la Antigüedad. Alfonso descubre que la vida tiene su propia verdad, si creemos en nosotros mismos, esa verdad resultará más real que la realidad misma.

Nuestro héroe, subido en su nave, inicia un viaje quimérico. Dentro de él ha nacido un niño nuevo que empuña un rodillo de pintura en lugar de una espada, al reno le ha crecido un pico de pájaro de tanto planear. La máquina vuela y todo lo que se ve a un lado y a otro del río es alegría y felicidad. “Una vista de Toledo” parece inventada por Theo, una rareza dentro de otra rareza. El paisaje místico es un parque temático de Navidad, cielo y nubes verdiblanco, pero sin espuma ni olor. Los copos caen formando una gran pista de circo helada. Bajo la nieve, detrás de los tejados, se ve un tobogán con un eucalipto gigante desde donde saltan los muchachos con sus *skates* para acabar en el río. En la Vega está Alberti disfrazado de hawaiano, tomando carcamusas en el homenaje a Alberto Sánchez. Se acabaron las malas cifras en la capital, la temporada turística resiste dando hospedaje a numerosos visitantes, japoneses y americanos con cientos de pernoctaciones.

A veces Alfonso sospecha que todo es fantasía porque en la Peña del Rey Moro hay un volcán en erupción parecido al “Cumbre Vieja” y también crece el taray centenario de Safont que nunca desapareció. Del cráter sale una colada de fuegos artificiales, la fajana destruye la suciedad del río y lo hace cristalino. Ahora con sus buenas notas Alfonso, podrá ser director de la Agencia del Agua o biólogo como Ana Obregón, salvará a los peces que mueren por falta de caudal. Reconstruirá el puente de Alcántara dañado por las crecidas. El Tajo dejará de estar estancado, acabará con las plagas y la contaminación.

Desde que ocurrió lo del cometa, Alfonso ha desarrollado una gran pasión astronómica ha construido un observatorio en el Castillo de San Servando. Los exploradores parten de allí con sus trineos a surcar el río de hielo. Toman decisiones en función de los astros, aplicando los métodos científicos de “Las tablas alfonsíes”. Nuestro joven es el mismísimo Principito, en su honor, hay un cráter en la Luna llamado “Alphonsus”. Es un hombre polifacético, un *influencer*, Boccaccio lo ha convertido en un personaje del Decamerón y hasta gana campeonatos de ajedrez. En el prado verde del Tajo trotan unicornios y renos, Rocinante y el buen Rucio junto a las ninfas de Garcilaso vestidas de ricas telas de “oro y sirgo”.

El mundo que ha anunciado la Estrella de los Reyes Magos es, sin duda, uno ideal. Ahora el agua del río corre claro, todos los seres de la tierra viven en paz, la vacuna contra el Covid es eficaz y permanente. Crepúsculo, ángulo, esfera y planeta son palabras mágicas que Alfonso, al que ahora llaman “El Sabio” repite mientras patina. Compone Cantigas y diseña preciosas ilustraciones. También escribe poemas para un amor pastoril de leyenda.

Ochocientos años después, sobrevolando empinadas cuestas de cantos rodados, en la calle Ancha se le aparece, tras el escaparate de una tienda de damasquinado una joven. Aparca el carricoche en Toledo Ohio y entra en el local. Resulta ser una peluquería regentada por chinos, también dan masajes. Allí está ella, Violante de Aragón, huele a mazapán que enamora. Le manda hacer un soneto y en la trastienda por fin da término este relato, con final feliz... y comieron perdices. Desde el trineo vislumbran la ciudad y el río que se dirige al estuario del mar de la Paja y esta historia algún día habrá de difundirse «de lengua en lengua y de gente en gente por todas las de la tierra».